

nitivamente bajo el dominio ó la protección de Roma y se dispuso á volver á Italia.

*Ciceron y Catilina.*—En la ausencia de Pompeyo, César había aumentado su ascendiente en Roma. ¿Tenía ya entonces conciencia clara del objeto final de su ambición? Por lo ménos tenía conciencia de que el estado de cosas necesitaba un cambio radical, de que ni la democracia ni la oligarquía habían de poder triunfar de un modo definitivo y de que sobre la ruinas del sistema político agonizante, habría de levantarse un poder personal omnipotente; él aspiraba á ejercerlo; no puede por ménos de confesarlo quien atentamente estudie la complicada historia del período de transición en que hemos entrado de lleno. ¿Cómo pretendía llegar tan alto? Apenas podía considerársele como el rey de la moda, apenas había logrado la edilidad curul y los acontecimientos se precipitaban. Pompeyo se hacía de un inmenso renombre militar en Oriente y de César no se contaban más que hechos de valor aislados. ¿O pensaba llegar al solio por otro camino que el de la dictadura militar? El porvenir dirá. Entretanto César se arruinaba y arruinaba á sus acreedores regalando espléndidamente al pueblo y para desafiar al Senado restablecía los trofeos de Mario, señal material de la caída de la constitución de Sylla, que el pueblo saludaba henchido de entusiasmo; intentaba un proceso á Rabirius, acusado de haber dado muerte á Saturnino el tribuno aliado de Mario, con el objeto de vindicar la inviolabilidad del tribunado y se mostraba celoso protector de los transpadanos en particular y de los provincianos en general.

El año de 63 fué electo cónsul, Marco Tulio Cicerón, aliado de los caballeros, pero aceptado por la nobleza, que temía instintivamente á César, á quien ha-

bia creído complicado en una terrible conspiración á cuyo frente se había puesto Catilina, pero que había abortado. Según parece el terrible sicario de Sylla, ahora convertido en demagogo, aliado con los antiguos veteranos de Sylla, desposeídos ya de sus tierras por la usura, con lo más corrompido de la juventud romana y con la hez del populacho de la Italia, se proponía llegar al supremo lugar, como César, pero por medio de un espantoso trastorno social.

La verdad es que la lepra que corroía aquella sociedad tomaba proporciones inmensas. Para remediar el mal, el partido democrático legalista propuso por medio del tribuno Paullus una ley agraria, cuyos comisarios serían investidos de un poder absoluto para vender todas las tierras del dominio público y para sobrecargar los impuestos de las provincias y con lo que todo esto rindiera comprar tierras en Italia que se distribuirían á los pobres. Cicerón atacó la moción que fué rechazada; César había puesto así en evidencia al célebre tribuno; no era más que el defensor de los nobles.

Catilina entretanto seguía conspirando, pensaba que la República era un cuerpo sin cabeza y él quería ser esa cabeza. Con este fin preparaba una rebelión, á la que la brillante elocuencia de Cicerón dió las proporciones de un peligro mayor quizá de lo que era en realidad. A fuerza de invectivas logró Marco Tulio que Catilina despedido por haber visto derrotada dos veces su candidatura al consulado, se saliese de Roma y levantara en armas á sus partidarios en Etruria. — Otros de los conspiradores, acaudillados por Lentulus, Cethegus y Bestia, espían la oportunidad en Roma. A falta de pruebas, nada se podía hacer contra ellos; la traición de unos diputa-

dos alobros con quienes los conspiradores se habían puesto de acuerdo, proporcionó esas pruebas, y el Senado empujado por la ardiente palabra de Catón y á pesar de un admirable discurso de César se decidió á hacerlos morir sin forma de proceso. El mismo cónsul vigiló la ejecución en el Tullianum, por la noche; cuando hubo concluido, el pueblo lo proclamó el salvador de la patria. — El creía esto mucho más que el pueblo y lleno de vanidad decía que bajo su consulado Roma había sido fundada por segunda vez.

*César y Pompeyo.*—La oligarquía había triunfado con Cicerón y resuelta á no aceptar amos, infirió á Pompeyo un terrible ultraje en la persona de su agente Metellus Nepos, que quiso hacer llamar al vencedor de Oriente y á sus tropas para pacificar la Italia, y que fué tratado de tal modo por Catón y sus amigos que tuvo que refugiarse en el campo de su patrón. César que necesitaba á Pompeyo como un instrumento para levantar á la facción democrática, ayudó hábilmente á Metelo, al mismo tiempo que aliándose con Clodio y Craso trataba de reconstituir la dirección del partido.

Muchos temían que Pompeyo vengase la afrenta apoderándose de la dictadura al llegar á Italia con sus legiones victoriosas; no fué así, Pompeyo licenció sus tropas y la oposición de Lúculo y de Catón en el Senado le proporcionó nuevas decepciones. Profundamente resentido se entregó de nuevo á la democracia; César que había ejercido un corto tiempo el gobierno en España, volvió con más ambición que nunca y con los cofres bien provistos; inmediatamente hizo alianza con Pompeyo, haciendo entrar en la coalición á su amigo Craso á pesar de su aversión por el vencedor de Oriente. Fué reconstituida así la gefatura democrática por esta suerte

de triunvirato que no era más que la transición al gobierno personal y á la monarquía. Lo sustancial del pacto de alianza era lo siguiente: ratificación de los actos de Pompeyo en Oriente y realización de las promesas de terrenos hechas á sus soldados; Craso vería lo que sacaba en su provecho de la alianza y César sería hecho cónsul el año siguiente y pro-cónsul los cinco años posteriores encargándose de las Galias. — Así fué; durante el año de su consulado, César hizo pasar una ley agraria que aumentó su popularidad (59), y mientras la oligarquía impotente recurría á expedientes absurdos, como el de que el otro cónsul, Bibulus, declarase feriados todos los días de su encargo, César desencadenaba sobre los aristócratas á Clodio, patricio audaz y emprendedor que se había pasado al campo popular y que había sido causa de que el mismo César repudiara á su mujer. Este hombre, enemigo mortal de Cicerón, hizo desterrar á éste por haber sentenciado sin forma de juicio á los cómplices de Catilina y alejó á Catón con el pretexto de confiarle una misión honorífica en Cypre. Privada de estos apoyos la oligarquía, César pudo partir para las Galias.

Marcha desde este instante el procónsul, como si tuviera plena confianza en su destino. En el papel reservado á los nombres de génio en la evolución de las sociedades, papel forzosamente circunscrito á apresurar ó retardar el desarrollo del organismo social, nunca á desviarlo del camino que antecedentes mucho más poderosos y leyes inevitables le han trazado, hay diversos grados de influencia; pocos la han ejercido tan vasta y tan profunda como el hombre llamado á consumar la transformación de la República en Imperio; se siente que los acontecimientos al pasar por sus manos se convierten en pulsaciones de la vida

del mundo, y todavía resentimos la trascendencia del pensamiento y de la voluntad de aquel hombre, cuya obra, en forma de civilización y de progreso, ha llegado á nosotros.

La importancia capital de la obra de Julio César en las Galias, no estriba solo en que aquel fué como un campo inmenso en donde preparó el admirable instrumento que había de darle el poder, su ejército; sino, sobre todo, en que hizo de la Galia conquistada y romanizada, un dique que detuvo cuatro siglos el empuje de las invasiones germánicas, que sin eso, habrían ahogado con la civilización heleno-latina, el progreso humano. Los galos, es verdad, tenían ya en esa época cierta cultura que hubiera podido desarrollarse, por lo que algunos escritores (V. Duruy, *Histoire des Romains, II*; Mounier, *Vercingetorix et l'indépendance gauloise*), se lamentan de la conquista de César; nosotros no. Ni aquella civilización hubiera traído sino muy lentamente su contribución al adelanto general, ni aquellos pueblos, como ya lo habían demostrado, y como lo habían de demostrar en todo el curso de su historia posterior, podían oponerse con éxito á las invasiones germánicas; cuando más, habrían sido arrastrados á precipitarse sobre el mundo latino.

Ya hemos dicho de dónde venían los celtas y cuán estrecho era su parentesco étnico con los ilalotas y los helenos. Su principal asiento en Europa, fué el país comprendido entre el Rin, los Alpes, el Mediterráneo, los Pirineos y el Atlántico (con poca diferencia la Francia actual). Tres razas principalmente se habían distribuido aquel suelo. Los aquitanios, en las regiones pirenaicas, desde el Garona al Sur; los gaëls ó galos, que ocupaban el territorio comprendido entre el Garona y el Sena, y los kymris ó belgas entre el Sena y el Rin. La

primera era de origen ibérico como los vascones; las otras dos eran celtas, y formaban el núcleo principal de esta gran familia que se había desbordado por los valles del Po y del Danubio y que hemos encontrado en la Gran Bretaña, lo mismo que en España y en Asia menor. Un vago sentimiento de unidad nacional, iba penetrando en el espíritu de aquellos pueblos; pero solo fué un sentimiento consciente, cuando en los días de la conquista de César, se hizo carne en Vercingetorix. Los galos vivían en aldeas abiertas en su mayor parte, pero las había también cerradas y admirablemente defendidas. El verdadero lazo de unión entre estos pueblos era la religión, el druidismo. No nos meteremos aquí á hacer su análisis; bástenos decir que algunos opinan que esta religión singular, que si por muchos de sus ritos feroces se asemeja á todas las religiones primitivas, se diferencia de ellas en la vivacidad y precisión del dogma de la supervivencia del alma, que era su base, tiene su origen en los pueblos ibéricos que han dejado sembrado de monumentos megalíticos (*dolmens*) el Norte del Africa, las costas de España y Francia y hasta las extremidades de la Irlanda. Contra esta antigüedad del druidismo, hay estas dos objeciones: que Julio César, en sus Comentarios, coloca su centro y su punto de partida en Inglaterra, y que no habiéndose encontrado en la Cisalpina vestigio alguno de los ritos druidicos, parece claro que los celtas, que conquistaron estas regiones, á mediados del siglo VI, según unos, ó en el IV, según otros, no los conocían. (1). Sea como fuere, el druidismo, por sus concilios anuales, en que estaban representadas las diversas tribus, había ejercido una benéfica influencia en esa tendencia á la unidad que se notaba en

(1) Todas las altas concepciones metafísicas que se han atribuido á los druidas, son una invención alejandrina, que merece muy poco crédito.

tiempo de César. Aquel pueblo en que abundaban los excelentes agricultores y ganaderos, en que se trabajaban los metales con maestría, había adquirido en toda su fuerza esas necesidades sedentarias, que, aunque no lo habían hecho llegar todavía al período en que las tribus se unen para erigir la ciudad, si lo habían llevado á construir sus plazas fuertes (*oppidum*), y á agruparse en cantones. Lo que se disputaba ya era cuál de aquellos pueblos ejercería la hegemonía sobre los otros. ¿Serían los *eduos*, en donde había un fuerte partido romano, ó sus poderosos vecinos los arvernos?

Cuando Julio César, nombrado procónsul de las dos Galias, atravesó los Alpes, un movimiento de suma importancia se había operado en los límites de la raza céltica y germánica. Un jefe germánico, Ariovisto, había logrado fundar un verdadero imperio sobre el Rin, y en connivencia con él los helvecios, siguiendo el camino llevado por algunos de sus antepasados en la época de los cimbrios, querían trasladarse de la Suiza á las cercanías del Atlántico (en el país de Saintonge). Lo primero era grave, porque si se dejaba avanzar aquella vanguardia de la inmensa multitud de pueblos que se agitaban en el centro de la Europa, pronto serían ocupados los países célticos, y los romanos tendrían sobre Italia aquellas insaciables y fuertes multitudes; habría sido anticipar la invasión de los bárbaros de cuatro siglos; y lo segundo, era causar en la Galia una perturbación profunda, cuyo resultado sería el avance de la raza germánica. César proveyó á ambas cosas con la asombrosa actividad y acierto que desde entonces no le abandonaron; gracias á eso, la civilización humana pudo salvarse.

Empezó por cerrar á los helvecios el paso del Ródano, obligándolos á tomar

el camino del Saona. Luego los siguió hasta presentarles batalla en el momento oportuno, concluyendo con aquel enorme enjambre humano; 270,000 muertos ó dispersos: tal fué el resultado de la batalla. César se encontró entonces enfrente de Ariovisto y de sus *suevos*, nombre que lo mismo que el de *marcomanos*, fué aplicado por los romanos á todas las tribus germánicas nómades, (*suevos* quiere decir *errantes*). Después de algunas tentativas de negociaciones, que sirvieron para aglomerar recursos y acostumbrar á sus soldados al aspecto feroz de las hordas de Ariovisto, César los atacó, derrotándolos por completo en las orillas del Rin (58). Los *suevos* y su jefe, Ariovisto, volvieron á los impenetrables bosques de la Germania.

Las medidas que dictó César en seguida, mostraban claramente que estaba resuelto á tomar posesión de la Galia. Los belgas decidieron resistir y se levantaron en armas. César estaba en Italia, pero había logrado atraer á su partido á los *remos*, (Reims) que jugaron en toda la conquista el papel de los *eduos* en el centro, y de los *marselleses* en el Sur; sin estos traidores á la causa común, la obra de César habría sido imposible quizá; gracias á los *remos* y á los *eduos* de Diviciac, pudo el procónsul disolver la liga de los belgas, infligiéndoles terribles pérdidas. En seguida, por virtud de sus rápidas combinaciones, César los batió en fracciones asegurando la conquista de casi todo el territorio (57). La empresa empezó á ser más seria cuando quiso penetrar en el país de los *nervos* (*Hainaut*), cuya defensa era fácil, por estar lleno de lodazales y pantanos. A orillas del Sambra se libró una gran batalla, que César creyó perdida por un momento, pero que terminó con una victoria completa. Todo el ejército de los *nervos* se

hizo matar. Luego sometió á los Atuatios, descendientes de los Cimbrios, mientras el jóven Publio Craso, se enseñoreaba del país, entre el Sena y el Loira. En ese invierno, fué á arreglar los asuntos de sus otras dos provincias, la Cisalpina y la Iliria, y estaba en ésta cuando supo que la Armórica entera se había sublevado. Para atacar á estos bravos soldados y marinos, sobre todo á los venetos, César empleó una escuadra á las órdenes de su inteligente almirante Decimus Brutus. Los venetos usaban de buques con velas de cuero, y maniobraban habilísimamente con ellas. En cuanto los romanos, en una sangrienta batalla, lograron destruir la flota enemiga, el éxito de la campaña quedó asegurado.

César y sus lugartenientes domaron completamente la Armórica y la Aquitania, y las Galias parecieron definitivamente conquistadas. En el invierno, César tuvo que luchar con otra invasión de Germanos; sus hordas perecieron, gracias á un estratagema bastante equívoco, que fué causa de que Caton pidiese en el Senado que César fuese entregado á los germanos. Pero el ilustre cuerpo siguió colmando de honores al vencedor. Este pasó el Rhin, demostración que tenía por objeto amedrentar á los germanos, luego cruzó el canal que separa Inglaterra de Francia, y obtuvo algunas victorias en la Bretaña insular; al año siguiente volvió á la Isla, y despues de muchos combates, el jefe de la defensa, Casivellanum, trató con los romanos, se obligó á pagar un tributo, y César se apresuró á volver al continente.

En cinco campañas todo parecía concluido; César no solo había demostrado su invencible superioridad en las armas, sino que valiéndose de medios políticos, como hacer triunfar las aristocracias en los cantones galos, para apo-

yarse en ellos y suscitar en todas partes un partido romano, resuelto hasta á la traicion, dominaba las diversas fracciones de aquel pueblo, á cuyos representantes solia reunir en asambleas en que César desplegaba la maravillosa aptitud de seductor con que la naturaleza lo había dotado. Pero precisamente cuando creía las Galias á sus piés estalló una terrible conspiracion.

Los eburones y los treviros se pusieron al frente de la revuelta que agitó entre el Loire y el Rhin á todos los países recién conquistados. Un ejército romano fué destruido y el campamento de Q. Ciceron, hermano del orador, estuvo á punto de ser tomado. César recuperó rápidamente el terreno perdido, redujo el país por una serie de victorias, que terminaron con la devastacion mas espantosa del país de los eburones. Uno de los caudillos de la insurreccion, Ambiorix, pudo refugiarse en los bosques germanos. Desde ahí siguió atizando las impaciencias patrióticas de los cantones que en los conciliábulos que dirigian los druidas en las profundidades de los bosques, se daban rienda suelta. Otra conjuracion en que, por fin, aunque bien tarde, parecia unirse la Galia entera, preparó una gran rebelion cuya alma fué el jóven arverno Vercingetorix, hombre de temple heroico y de cualidades militares que lo hacían digno de luchar contra César. El primer acto de la insurreccion fué la toma de *Genabum* (Orleans) y desde ahí cundió por todo el país. César comenzó por recuperar á Orleans, luego puso sitio á *Avaricum* (Bourges) que no pudo salvarse á pesar de los esfuerzos de Vercingetorix. A la campaña siguiente el procónsul fracasó en una tentativa contra Gergovia, la capital de los arvernos y poco tiempo despues la sublevacion de los eduos, fieles amigos de los romanos hasta entónces lo puso en

gravísimo aprieto. Solo á fuerza de audacia y de génio salió bien del percance: reunido al mejor de sus lugartenientes, Labieno, que en su retirada hácia el Loire, rechazado por la insurreccion de los pueblos del N. había vencido á Camulogeno, el mejor de los caudillos y destruido el brillante ejército de dicha insurreccion en los alrededores de Paris (*Lutecia*) pudo emprender una campaña definitiva. Los galos confirmaron á Vercingetorix en el mando supremo y se prepararon á la lucha postrera. Gracias á una feliz combinacion y á una batalla ganada, César pudo encerrar al jefe galo en *Alesia* (*Alise-Ste. Reine*) á algunas leguas al E. de Orleans. Un ejército galo formado de los contingentes de la mayor parte de los cantones, vino en auxilio de la plaza; mas los romanos tenían en ese ejército sus inteligencias sobre todo entre los eduos que no figuraron en el ataque de las líneas de César. Este fué desesperado, pero sin éxito; el ejército auxiliar fué destruido y Vercingetorix que había hecho esfuerzos heroicos para romper el sitio, se vió obligado á rendirse. César, airado contra aquel hombre que estuvo á punto de ser un obstáculo insuperable á sus designios, sin respeto por su heroísmo, lo hizo esperar seis años su triunfo en los calabozos de Roma y el dia mismo que este se verificó lo hizo decapitar en el *tullianum*.

La guerra no había acabado de hecho; pero la esperanza sí. César tuvo que ahogar en sangre la rebelion de los bituriges y de los carnutos. Luego libró á sus aliados de Reims de un ataque de Ambiorix y de los belovacos y recorria la Bélgica victorioso cuando supo que todos los pueblos al S. del Loire, estaban en armas; pero todos fueron vencidos, en el O. y en el S., á pesar de los rasgos heroicos de aquellos últimos defensores de la independenciam gala.

El último acto de este terrible drama fué el sitio de *Uxellodunum* (Puy d'Isolu) César se deshonró por actos de barbarie al tomar la plaza; pero, por fin, la Galia estaba sometida (51). Inmediatamente empezó la obra de romanizacion. César empleó en ella tanta dulzura y tanta inteligencia, que de aquella tierra en que hervia aun la sangre de sus defensores, hizo el muro infranqueable que la civilizacion romana opuso cuatro siglos á la barbarie invasora. Respetó las glorias de los vencidos, les dejó sus leyes, sus ritos, sus costumbres, pero en todas partes estableció un partido adicto á Roma y á él personalmente, que no le abandonó nunca.

En seguida Cesar marchó á Italia. ¿Qué había pasado ahí durante cerca de diez años que el vencedor de las Galias había estado ausente?

No hay espectáculo más triste ni más curioso para el historiador que el de la agonía de la República romana. Roto para siempre el equilibrio entre las instituciones aristocráticas y democráticas que habían sido la fuerza de Roma, la monarquía ó la anarquía son los dos extremos entre los cuales se debate aquella sociedad desde los Gracos; el primer extremo era el mejor para Roma y para la civilizacion; pero faltaba el monarca: Pompeyo quiso serlo, pero no pudo: César pudo y quiso.

Reseñaremos brevemente los acontecimientos de esta década postrera de la República. Hemos dejado á la ciudad entregada á bandas armadas, sobre todo á la de Clodio. Este audáz, fiado en su popularidad de mala ralea, se atrevió á atacar á César y Pompeyo; inmediatamente el Senado decidió la vuelta de Ciceron. Algunos meses de lucha, durante los cuales el Senado suspendió sus trabajos ordinarios, costó la vuelta del gran orador; lograda por fin, y decretada la reedificacion de su casa y de